ALFAGUARA

José María Latorre

La maldición de la banshee



ÍNDICE

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1. Sorpresas en Kavanagh Hall
Capítulo 2. Los gemidos de la banshee
Capítulo 3. Una historia aterradora
Capítulo 4. Alice en la casa del horror
Capítulo 5. La casa abandonada
Capítulo 6. Alice redescubre la soledad
Capítulo 7. Regreso a Kavanagh Hall
Capítulo 8. Noche sin fin
Sobre el autor
Créditos
Grupo Santillana

¿De dónde procede aquello que me mueve?
¿De la luz o de las tinieblas?
Hugo Ball

Os hablo de una noche
en la que no hay que dormir.
Julien Green

PRÓLOGO

En principio fue la banshee, pero luego llegó algo todavía más terrible... Será mejor que cuente paso a paso mi historia, porque los detalles tienen importancia.

Mi vida cambió por completo desde que me enteré de que debería abandonar el internado para ir a trabajar como doméstica en Kavanagh Hall, la residencia de otoño e invierno de una de las familias de más abolengo de Irlanda. Lo supe cuando me disponía a desayunar al punto de una mañana tan neblinosa como suelen serlo con la llegada del frío las de Dublín y sus alrededores: la directora, mistress O'Bannon, me hizo ir a su despacho para comunicarme la noticia, que recibí sentada en una butaca frente a su mesa. Según me dijo, la mía no iba a ser una marcha repentina, pues tenía por delante el resto de la semana hasta el día de dar el definitivo adiós al que, hasta donde mi memoria alcanzaba a recordar, había sido mi hogar, pero la noticia me sumergió en un estado de tristeza y confusión mental, alimentado por algunas compañeras con las que tenía más confianza, a quienes les apenaba que me separaran de ellas. Incluso una de las profesoras, miss O'Connor, no veía con buenos ojos el lugar que me había sido destinado.

—¡Con tantas mansiones como hay en el país ha tenido que tocarte la de un Kavanagh! —me dijo con el ceño fruncido—. Debes saber que lo han decidido sin consultar con nadie... Hablaré con la directora para ver si aún está a tiempo de anularlo; podría alegar, no sé..., que todavía no estás preparada para dejar esto.

No me explicó nada más y de momento me quedé sin saber el motivo de su desagrado, pero su conversación con mistress O'Bannon resultó infructuosa, ya que vino a verme enseguida para informarme de que no había nada que ha-

cer y que el domingo siguiente por la mañana, sin dilación alguna, debería partir en tren hacia Wexford, donde se alzaba Kavanagh Hall en un lugar apartado, lejos de la ciudad. Por supuesto, deseaba saber a qué se debía su contrariedad, pues era consciente de que mis compañeras y yo estábamos destinadas a dejar algún día el internado para dirigirnos a unos destinos no elegidos por nosotras sino en connivencia entre la directora y la familia que nos requería.

—La banshee, querida Alice, es a causa de la banshee —repuso rehuyendo mi mirada—. Eres una jovencita demasiado impresionable, y no me parece conveniente que vayas a parar a un lugar como ese, marcado por el signo de la banshee.

Yo nunca había oído esa palabra, ignoraba lo que se ocultaba tras ella, y por eso le pregunté a qué se refería. Fue una petición hecha en vano.

—Cuanto menos sepas sobre la banshee será mejor para ti..., me temo que en esa casa tendrás tiempo de sobra para aprenderlo —repuso, evasiva; y supe que no debía insistir.

Al vago recelo que me había inspirado tal palabra se añadió el malestar que me producía despedirme a la fuerza del lugar donde había crecido y había sido educada para trabajar y vivir en sociedad. Es cierto que no disponíamos de libertad, pero la vida resultaba grata, o al menos apacible en su rutina, si te olvidabas de los castigos que infligían de vez en cuando, según nuestro modo de ver no siempre justificados. Al final fueron dos compañeras, Liz y la italiana Gina, las que me explicaron *algo* sobre esa banshee que tanto parecía inquietar a miss O'Connor.

—Es un fantasma —dijo Gina.

—No, no lo es —negó Liz a su vez—. Se nota que no eres irlandesa y hablas de oídas, porque de lo contrario no dirías eso... Una banshee es una aparición demoníaca, un espectro...

—Bueno, yo soy irlandesa y no... —intervine.

—Lo dicho: un fantasma —se obstinó Gina, interrumpiéndome.

—No se trata de que se te aparezca alguien que está muerto, sino de que es un ser sobrenatural. Surge por las noches o al amanecer en algunas mansiones pertenecientes a grandes familias de sangre celta para advertir de la inminente muerte de alguno de sus habitantes, y siempre se manifiesta fuera, nunca en el interior —añadió Liz.

Eso hizo callar a Gina, que no pudo disimular una expresión de contrariedad, pero yo habría preferido no oírlo a pesar de haberles solicitado una explicación. Fue inútil que le pidiera a Liz que no siguiera hablando del tema, pues lo hizo aunque procuré no escucharla. Sin alardear de ello, reconozco que poseo una gran habilidad para abstraerme y no prestar atención. Así, procuré desviar mis pensamientos hacia otras cuestiones mientras veía cómo abría y cerraba su boca sacando de ella palabras que no me llegaban. Yo lo llamaba «el juego de la sorda». Sin embargo, no pude evitar oír lo último que dijo:

—La encargada de la biblioteca, miss Pennington, sabe mucho de estas cosas, de leyendas irlandesas y todo eso. Ella te podrá informar mejor que nadie. Por cierto, los Kavanagh son de sangre celta. Apuesto lo que quieras a que verás a la banshee..., en el fondo te envidio —concluyó.

La posibilidad de que eso sucediera me aterrorizó. ¿Cómo podía envidiarme Liz por algo así? Miss O'Connor tenía razón: era demasiado impresionable. Esa noche tuve una extraña pesadilla relacionada con la banshee, y en los días que precedieron a mi marcha me dediqué a vagar como un fantasma —sí, como un fantasma— por la casa y por los jardines despidiéndome de todo, sin hacer caso del intenso viento que deshojaba los arbustos y los árboles, ni del frío que me llegaba hasta los huesos. El hecho de ir a abandonar el internado me eximía de las lecciones de esa semana, si bien tuve que atender no pocos consejos e instrucciones acerca de mi conducta futura. En más de una ocasión estuve tentada de ir a la biblioteca para consultar a miss Pennington sobre la banshee, pero no lo hice a pesar de que mi curiosidad se había vuelto tan intensa o más que mi temor.

Miss O'Connor no volvió a hablarme de la banshee y tampoco lo hicieron Liz ni Gina, tal vez para no añadir más preocupación a la que tenía, conscientes de que ya se había dicho la última palabra sobre mi destino laboral y de que no existía posibilidad de volver atrás. La tristeza y el temor se fundían en mi ánimo a partes iguales, y la última tarde que pasé en el internado procurando estar a solas, bajo una bruma que tenía el olor del invierno, me abatió una sensación de melancolía ante lo incierto de mi futuro y por tener que convivir en lo sucesivo con desconocidos. Cuando llegó la mañana del domingo, después de una visita a la capilla me despedí de mis compañeras, de mis profesoras y de la directora, y me pareció advertir el brillo de unas lágrimas en los ojos de miss O'Connor, que no llegaron a afluir. Besó calurosamente mis mejillas.

—Cuídate mucho, querida niña, y no olvides que estaré aquí y podrás contar conmigo para cualquier cosa que precises —dijo, al tiempo que me entregaba una hoja de papel doblada—. Llámame en cuanto puedas para que sepa cómo te va. Te doy la dirección y el teléfono de un amigo mío que vive en Wexford; no dudes en recurrir a él en caso de necesidad. Y ten en cuenta que el nombre de esa ciudad en irlandés es Loch Garman, lo digo para que no te extrañe si oyes que los Kavanagh la llaman así.

Me di la vuelta con el fin de impedir que me vieran llorar por marcharme del lugar donde iba a dejar tantos recuerdos. Cargada con la maleta donde llevaba mis escasas pertenencias, subí a la vieja y destartalada camioneta que iba a llevarme a la estación, conducida por Sean, el hombre siempre vestido con un guardapolvos que se encargaba de transportar los alimentos desde la ciudad al internado, y en proporción igual de viejo que ella, y no quise volverme a mirar atrás, atenazada por una angustia que me cortaba la respiración. Sentía como si el mundo se estuviera desplomando sobre mí.

En correspondencia con mi sombrío estado de ánimo, había amanecido un día triste y el paisaje se hallaba cubierto por una capa de bruma que convertía todo a mi alrede-

dor en figuras fantasmales. Incluso los olores que me llegaban a través del cristal roto de la ventanilla eran distintos a los habituales. Hasta el olor de las hojas quemadas me parecía otro. Me habían dicho que, a causa del pésimo estado de la carretera, que la camioneta recorría dando tumbos, se precisaba al menos media hora para cubrir la distancia que separaba al internado de la estación, pero mis deseos de retrasar la llegada, de prolongar mi estancia en aquellos lugares familiares, lograron que el trayecto se me hiciera mucho más corto de lo que habría querido, aunque al bajar tenía el cuerpo dolorido a consecuencia de tantos vaivenes. Fue el propio Sean quien adquirió el billete de tren con el dinero que le había dado la directora y, ante mi sorpresa, me pasó con él una cajita forrada con terciopelo negro.

—Perdone el atrevimiento, pero me he enterado de que va a Kavanagh Hall —dijo.

—En efecto —asentí, extrañada porque Sean nunca se dirigía directamente a ninguna de nosotras.

—Me he permitido traerle esta cajita. Contiene una cruz celta. Le recomiendo que la lleve día y noche colgada al cuello. La protegerá... Dentro también hay un amuleto rúnico que debería dejar al lado de la puerta de su dormitorio al acostarse.

Mi mano derecha temblaba al hacerme cargo de la cajita.

—¡Por Dios, Sean! ¿De qué o de quién deberá protegerme? ¿Qué hay en esa casa? —inquirí, impresionada a mi pesar.

—De la banshee, señorita Alice, de la banshee. Ruegue para que no se cruce nunca en su camino, para que no vea jamás su rostro ni oiga su llanto.

—¿Su llanto? —repetí como un eco.

—Cuando llora, la muerte se cierne sobre el lugar donde ha aparecido..., es una enviada de la Parca y no hay que mirarla de frente. No, no... —cabeceó—, no deberían haberla enviado a esa mansión. Kavanagh es un apellido maldito en Irlanda... Sobre todo, no deje de llevar consigo esta cruz y dejar el amuleto como protector del dormitorio... Tenga en cuenta que...

Era evidente que se proponía añadir algo, pero tras cabecear se alejó de mí con pasos titubeantes, como huidizos, y le vi subir a la camioneta y marcharse dejándome sola ante la puerta de la estación, más inquieta que nunca. Todos, me refiero a miss O'Connor, Liz, Gina y, ahora, Sean, me habían hablado con temor de la banshee, como si fuera lo peor con lo que podía cruzarme en mi nuevo destino.

Con creciente nerviosismo aguardé en el andén la llegada del tren que debía llevarme a Wexford. La espera se me hizo también corta, como si las saetas del reloj avanzaran con mayor celeridad de lo habitual, y poco después, sentada ya en mi compartimento, sin la compañía de ningún otro viajero, a solas con mi dolor y mi malestar, no hice sino pensar en cuanto me habían dicho antes de mi partida. Eso sí, mientras tanto abrí más de una vez la cajita para examinar de cerca el amuleto, de color azul índigo, así como la cruz celta, con su círculo alrededor, y leí el nombre del amigo de miss O'Connor que esta había escrito en el papel: John Walcott. Todavía ignoraba los horrores en los que me iba a ver envuelta.

Capítulo 1

Sorpresas en Kavanagh Hall

El tiempo parecía haberse confabulado contra mí para hacerme llegar cuanto antes a Wexford y alejarme así con indeseada rapidez de mi círculo de amigas, a las que veía como una familia porque era la única que había conocido, pues el viaje fue como un breve sueño. Aun así, tuve ocasión de reflexionar sobre lo que había sido mi vida. En cierta forma yo era una víctima de la guerra. Mis progenitores, por lo que sabía, habían muerto durante uno de los numerosos bombardeos nazis sobre Londres y yo, que para entonces debía de tener dos o tres años de edad —nunca he sabido con certeza la fecha de mi nacimiento—, fui rescatada milagrosamente con vida de entre los escombros de la casa por un voluntario civil que me llevó a una residencia habilitada para huérfanos y niños con padres desaparecidos a consecuencia de la guerra. Después de transcurrido el tiempo suficiente para comprobar si alguien me reclamaba, lo cual no sucedió y supongo que no debió de suceder en ningún caso, una mujer irlandesa me trasladó al internado donde crecí, situado en los alrededores de Dublín. Por eso me consideraba irlandesa, como le había dicho a Liz. Allí, en compañía de otras huérfanas —no había más que chicas —, se encargaron de mi educación y, cuando llegó el momento, me explicaron las circunstancias en que había sido recogida y me informaron de que todas las internas estábamos destinadas al servicio doméstico a medida que fueran llegando las peticiones de las familias, lo cual sucedía a menudo porque la guerra ya había quedado atrás como una pesadilla, no sin dejar un rastro de muerte y destrucción, y la sociedad recuperaba su pulso habitual.

Era una institución estatal y, por lo tanto, se caracterizaba por cierta frialdad en el trato, salvo algunas excepciones, no obstante sus responsables se preocupaban por ejercer bien su cometido. Pero es probable que tanto el ambiente como el conocimiento de lo sucedido a mis padres influyeran no poco en alimentar mi carácter retraído y, como había apuntado miss O'Connor, mi sensibilidad a flor de piel.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas en más de una ocasión durante el viaje, pero cuando el tren llegó a la estación de Wexford estaba más calmada (¿o resignada?), aunque no por ello menos inquieta ante la incertidumbre de lo que iba a encontrar en Kavanagh Hall. Para entonces había decidido cambiar mi forma de ser en lo que fuera posible; ser menos impresionable de lo que creía miss O'Connor, hacer más firme mi carácter sin cerrar los ojos al mundo; en una palabra, madurar. En el andén, rociado por los chorros de vapor de la máquina, había entre otros un hombre tan viejo como Sean, pero vestido con un elegante traje oscuro, que esperaba con un papel alzado donde figuraba mi nombre escrito a mano con desiguales letras mayúsculas.

—Soy Alice —me presenté en voz baja abriéndome paso entre los viajeros que se habían apeado.

No correspondió dándome su nombre y ni siquiera dio lugar a esbozar una sonrisa; se limitó a bajar el papel y hacerme una seña para que le siguiera. Acelerando el paso porque el hombre caminaba muy deprisa, tuve que llevar yo misma mi maleta hasta un coche aparcado frente a la puerta de la estación. Comparado con la camioneta de Sean era un vehículo de lujo. El hombre me indicó que debía sentarme en la parte de atrás y arrancó el automóvil sin darme tiempo apenas a haberme acomodado.

—Debo llevarte —dijo tuteándome; fueron sus primeras y únicas palabras hasta casi el final del trayecto.

Desde la ventanilla vi desfilar un paisaje desconocido, primero las calles de la ciudad, menos concurridas que las de Dublín pero quizás más pintorescas, y después unos páramos más deprimentes que los que rodeaban al internado. La carretera estaba solitaria y el conjunto resultaba poco

acogedor. El chófer no dijo nada en el largo trayecto hasta que, tras tomar una curva cerrada, nos internamos por en medio de un bosque y al rato vi surgir al fondo un edificio que, supuse, debía de ser Kavanagh Hall.

—Ahí está la mansión donde vas a trabajar a partir de ahora —me espetó con sequedad.

Tenía una voz grave, casi cavernosa, y se podía decir cualquier cosa de su tono menos que resultara afable. En cuanto a la mansión, pude examinarla con curiosidad conforme el automóvil se iba aproximando a ella, luego de haber dejado atrás el bosquecillo para continuar por un camino flanqueado por jardines y árboles, entre los cuales me pareció divisar a la izquierda una pequeña casa. Se trataba de un sombrío edificio rectangular de tres pisos, alzado en medio de un claro al final de los jardines; varios balcones y ventanas asomaban de entre unas cortinas de hiedra, y ante la breve escalinata con balaustrada que subía a las columnatas de la entrada había una fuente seca ornada con una extraña figura de piedra. Yo no había visto nunca un lugar tan impresionante, pero no me inspiraba simpatía; al contrario, había en él algo indefinible que provocaba temor y rechazo, y resultaba una anomalía en el atractivo paisaje vegetal. ¡Y era allí donde tendría que vivir a partir de ahora! No se divisaba actividad alguna cuando el chófer detuvo el automóvil. Si alguien me hubiera dicho que la casa estaba deshabitada lo habría creído.

—Ya puedes bajar, preséntate a mistress Frankland y dile que eres la nueva. Te está esperando —me dijo con el mismo tono seco con el que antes se había dirigido a mí; al ver que me encaminaba hacia el portón de entrada añadió—: ¡Por esa puerta no, imbécil, tendrás que llamar a la del servicio, acostúmbrate ya!

Sin indicarme a qué puerta se refería, se alejó con el coche para dar la vuelta al edificio y eso me hizo titubear, confusa, hasta que advertí la presencia de otra puerta bastante más pequeña situada a unos tres metros a la izquierda. Imaginé que debía de ser aquella y, luego de dudar una vez más, tiré de la campanilla, que lanzó un sonido hiriente.

Tuve que esperar un rato hasta que me vi ante una joven vestida de negro.

—¿Mistress Frankland? Soy la nueva empleada —dije.

—No soy mistress Frankland. Mi nombre es Angie. Entra, le diré que ya has llegado.

Le correspondí con una tímida sonrisa y aguardé en un reducido vestíbulo desnudo de mobiliario y con las paredes desconchadas, iluminado con una sola bombilla. A ambos lados había dos puertas que debían de llevar a otras partes de la casa. Angie había desaparecido por la puerta de la izquierda y, mientras esperaba, miré por la de la derecha. Al otro lado divisé un inmenso vestíbulo rebosante de tapices, cuadros, armaduras y muebles viejos y ostentosos; del techo pendía una gran araña de luz de varios brazos con colgantes dorados, y había una chimenea apagada encima de la cual destacaba, esculpido en piedra, lo que sin duda debía de ser el escudo familiar de los Kavanagh: un águila con las alas extendidas y dos sables entrecruzados. No había nadie en él, pero era tan enorme y me aparté tan deprisa para no ser sorprendida, que podía haberme pasado inadvertida la presencia de alguna persona. De inmediato me desagradó un fuerte olor a cerrado y a moho.

La joven tardó un rato en reaparecer y no lo hizo sola, sino en compañía de una mujer de mediana edad, alta, delgada, de cabello entrecano, expresión severa y vestida también de negro. Observé de reojo mi vestido azul celeste..., ¿acaso todos vestían de negro en aquella casa? La recién llegada me escrutó de pies a cabeza antes de hablar.

—Eres muy joven —comentó.

—En septiembre cumplí dieciocho años —repuse, aunque, como ya he dicho, no estaba segura de mi fecha de nacimiento; era lo que me habían dicho en el internado.

—Pareces una niña... Bienvenida a Kavanagh Hall. Empezarás a trabajar hoy mismo. Angie te mostrará tu habitación. Tienes motivos para estar contenta; la comida es buena y, a diferencia de lo que sucede en otras casas, aquí cada cual dispone de su propia estancia, aunque sea pequeña; se respeta la privacidad, si bien cuando estés en ella

deberás acudir a las llamadas que se te hagan, por lo que deberás prestar atención al sonido del cuadro de timbres instalado en el pasillo de los cuartos de la servidumbre; es fácil habituarse a él, no te extrañe que las campanillas puedan sonar durante la noche... Supongo que te habrán enseñado a ayudar en la cocina y a servir y recoger la mesa.

—Sí, señora.

Mistress Frankland cabeceó y volvió a examinarme de pies a cabeza.

—¿Has traído otra ropa? —preguntó.

Supe en el acto que lo hacía para averiguar si tenía un vestido negro.

—Tengo otros dos vestidos, uno de ellos negro —repuse.

—Eres rápida en darte cuenta de las cosas. Me alegro, pero te proporcionaré un uniforme —afirmó, dejándome sola con la joven.

—Voy a llevarte la maleta —dijo esta, inclinándose para cogerla.

—Gracias, Angie, no hace falta, he cargado todo el viaje con ella y por poco más aún puedo llevarla hasta mi cuarto.

—¿No te ha ayudado Patrick, el hombre que ha ido a recogerte a la estación? —ante mi negativa añadió—: Es el chófer de los señores, tienen tres coches y él se encarga de conducirlos todos. Trabaja aquí desde hace muchos años..., nadie sabe cuántos..., se puede decir que forma parte de la casa. Puede que te haya parecido brusco, pero en el fondo no es mala persona.

—Me ha llamado imbécil —me quejé.

—Es capaz de decir cosas peores; no le hagas caso, a veces es algo soez pero no va más allá. Mistress Frankland tampoco es tan severa como da a entender la primera vez que se habla con ella. Sustituyó al antiguo mayordomo cuando este murió y es la esposa del cocinero; ahora hace de gobernanta, o como le gusta decir a ella, de ama de llaves. Ya irás conociéndolos a todos, ven conmigo... Por cierto, te conviene saber que en esta época del año hay pocos días de sol, a diferencia de lo que sucede en primavera y en verano. Llueve demasiado, las tormentas duran mucho

tiempo y todo parece más triste. Lo sé porque nací en este condado.

Le pregunté a Angie por qué los Kavanagh pasaban el otoño y el invierno en un lugar de clima tan lluvioso, pero no contestó. La verdad es que estaba lejos de sentirme tan contenta como había sugerido mistress Frankland. Ni siquiera el hecho de disponer de un dormitorio propio, en contra de lo que sucedía en el internado, donde teníamos uno común, aliviaba el sentimiento de soledad y la tristeza que me embargaban, ni la repulsión que ya empezaba a inspirarme aquella casa, no sé si influida en parte por todo lo que había oído decir sobre la banshee.

Fui detrás de Angie por el mismo lugar por donde antes la había visto irse y salimos a un oscuro pasillo con tres puertas a la derecha, cerradas a excepción de la última, que por lo que vi al pasar llevaba a la cocina. Daba una impresión de abandono, a lo que contribuía el olor a humedad y a moho, como si toda la casa fuera un gigantesco sótano. A continuación la seguí por una inacabable escalera de caracol con resbaladizos peldaños de piedra situada al fondo, por la cual llegamos a otro corredor menos oscuro y agobiante, pero bastante más largo, en el que había varias puertas y, a su término, un ventanal por el cual se filtraba una pálida luz exterior. Me llevó a la última de ellas, la más próxima a dicho ventanal, no sin haberme señalado antes un cuadro de timbres adherido a una de las paredes.

—Con estos timbres reclaman nuestra presencia —me explicó—. Son los que te ha mencionado mistress Frankland. Recuerda que tus llamadas consistirán en tres timbrazos seguidos, aunque si en esos momentos no estás por aquí los demás tenemos la obligación de atenderlas en tu nombre. Vale lo mismo a la inversa. Pero no les agrada que sea otra quien acuda... Cuando vayas sabrás quién te lo ordena, pues cada habitación tiene en el cuadro el nombre de su ocupante, solo es cuestión de memorizar dónde se encuentra cada lugar... Y este va a ser tu dormitorio —concluyó abriéndome la última puerta.